

El crash de 1929

John Kenneth Galbraith (1965)

Capítulo VII. Primera cosecha de consecuencias

Apartado IV

Pero cometeríamos una grave injusticia si pensáramos que el presidente Hoover sólo se limitó a organizar ulteriores fortalecimientos de la confianza. En efecto, pues también dirigía uno de los más antiguos, importantes y desgraciadamente, uno de los peor comprendidos ritos de la vida americana. Me refiero al rito de las reuniones, el cual se celebra no para realizar alguna actividad sino para no realizar ninguna en absoluto. Este rito todavía se practica ampliamente en nuestro tiempo. Por eso vale la pena detenernos a examinarlo un momento.

La actividad económica procura múltiples razones para que los hombres se reúnan y se comuniquen. Necesitan adoctrinarse o convencerse unos a otros. También han de tomar decisiones conjuntas sobre los detalles de una acción cualquiera. A su modo de ver es más productivo, o, si se prefiere, menos penoso, pensar en público que en privado. Pero, igualmente, existen por lo menos las mismas razones para reunirse con el objeto de no realizar ninguna actividad. Se celebran reuniones porque los hombres buscan compañía o, como mínimo, aspiran a escapar del tedio de sus solitarios deberes. Anhelan el prestigio derivado de presidir reuniones, y esto los induce a convocar asambleas sobre las cuales puedan extender su elevada presidencia. Finalmente, hay un tipo de reuniones celebradas no porque haya alguna cosa que hacer, sino porque es necesario dar la impresión de que se está haciendo algo. Semejantes reuniones son consideradas algo más que un sustitutivo de la acción. Y es que, efectivamente, se las considera generalmente como una auténtica acción.

El hecho de que no se haga nada en una reunión dedicada a no hacer nada no es normalmente causa grave de embarazo por parte de los reunidos. Se han arbitrado numerosas fórmulas para prevenir cualquier situación inconfortable. Así, por ejemplo, los intelectuales, fervientes devotos de las reuniones dedicadas a no hacer nada, confían tenazmente en la justificación del intercambio de ideas, expediente considerado por ellos como un bien absoluto. Por esta razón, cualquier reunión en la que se intercambien ideas es útil. Esta justificación es casi indiscutible. Es realmente deprimente tener una reunión de la que eventualmente pueda decirse que no hubo ningún intercambio de ideas.

Comerciantes y directivos de venta, quienes también practican con extraordinaria afición las reuniones dedicadas a no hacer nada, tienen a su disposición por lo general una justificación diferente de intenso matiz espiritual. Sobre el calor de la camaradería, la influencia mutua de la personalidad, la estimulación del alcohol y la inspiración de la oratoria surge un impulsivo deseo de reemprender la tarea diaria. La reunión se

absuelve a sí misma y cumple perfectamente su objetivo permitiendo a los asistentes una recreación en una vida mejor y más próxima a la plenitud así como mayores y crecientes ventas en las siguientes semanas y meses.

Las reuniones no productivas de los dirigentes de grandes negocios se basan, para procurar la conveniente ilusión de importancia, en algo completamente diferente. No se trate en este caso del intercambio de ideas o las recompensas espirituales de la camaradería; la significación de este tipo de agregados viene dada por la simple solemnidad del poder reunido. Y aunque no se diga ni haga nada importante, los hombres importantes no pueden reunirse sin que la ocasión parezca razonablemente importante. Además, una observación rica en lugares comunes y vulgaridades hecha por el jefe de una gran sociedad no deja de ser en ningún momento una auténtica declaración del jefe de una gran sociedad. Su carencia de contenido se compensa con la fuerza que le procuran los activos que la respaldan.

Este tipo de reuniones fue un instrumento perfecto para hacer frente a la situación en que el presidente Hoover se vio comprometido en otoño de 1929. Dejando a un lado la modesta reducción de los impuestos, el presidente era evidentemente contrario a cualquier acción gubernamental de envergadura para combatir la depresión. Por otra parte, en aquellos momentos no se sabía a ciencia cierta lo que se podía hacer. Sin embargo, la fe del pueblo en el *laissez-faire* se había debilitado considerablemente. Ningún líder político responsable se hubiera atrevido seguramente a proclamar una política de no intervención. Mas las reuniones improductivas en la Casa Blanca eran una expresión práctica de *laissez-faire*, pues de ellas no salía ninguna acción positiva. Al mismo tiempo daban una sensación de estar haciendo algo verdaderamente impresionante. El protocolo y las convenciones que regulaban estas sesiones aseguraban plenamente que no se produciría ninguna situación embarazosa por el simple hecho de la ausencia de algo concreto que decir o hacer. Quienes asistían a ellas medían su importancia por la importancia de las personas que asistían. Los periódicos colaboraron igualmente a destacar la importancia de las sesiones. Y si hubiesen hecho algo diferente habrían, por supuesto, reducido el valor de las sesiones en tanto que noticias.

En tiempos más cercanos a nosotros las reuniones improductivas en la Casa Blanca – nutridas por gobernadores, industriales, representantes del mundo de los negocios, el trabajo y la agricultura- se han convertido en una institución más del gobierno. En una democracia auténtica y eficiente es indispensable algún que otro artilugio para simular que se hace algo cuando la acción es imposible. El señor Hoover, en 1929, fue un pionero en este campo de la administración pública.

Cuando la depresión se agudizó aún más, se dijo que las reuniones del presidente Hoover habían sido un completo fracaso. Mas este criterio es indudablemente muy mezquino.

